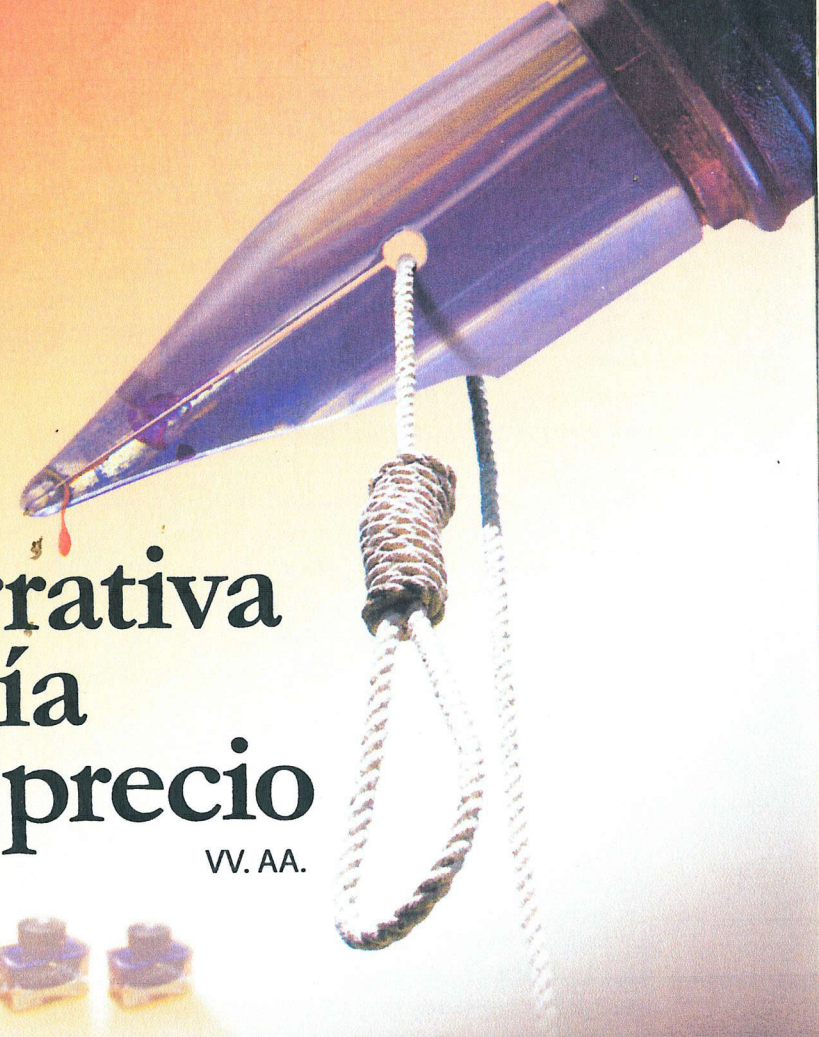




La narrativa tenía un precio

VV. AA.

Carboneras Literaria

Antología de Relatos Breves coordinada por Mario Sanz Cruz

PLAYA DE ÁKABA

Narrativa

APACHES
Baltasar Lotroyo

(Shalako – 1968 – Edward Dmytryk – Western – Sean Connery, Brigitte Bardot)

Todo este tremendo lío empezó de la manera más inocente. Yo entonces era muy joven, tenía apenas veinte años en 1968, año de guerras, magnicidios y revueltas en casi todas partes del mundo mientras en España, era el año del “La, la, la”. Pero en Almería no pasaba nada. O si pasaba, yo no me enteraba.

Había vuelto a casa de mis padres después de dos semestres en Escocia donde estudiaba matemáticas, y me estaba aburriendo como una ostra. Pero un día a finales de junio, bromeando con unos amigos tomando cañas en un bar por la Puerta Purchena, solté una frase en mi inglés recién aprendido, imitando lo mejor que podía el acento escocés de Aberdeen. Y en la mesa de al lado sentimos una voz fuerte, algo como, “¡Hey there, mate! ¡That’s bloody good!”

El extranjero se levantó y vino a nosotros, y me preguntó en inglés dónde había aprendido.

Era un hombre fornido y atlético, bastante mayor que nosotros —de unos treinta años o más— vestido con tejanos y botas y camisa de muchos botones, como un vaquero de película. Lo miramos, y cuando uno de mis amigos dijo, “¿Qué dice este tío?”, empecé a hacer de traductor. Se llamaba “Bob” y dijo que trabajaba en el cine y que estaban rodando una nueva película cerca de aquí, y nos quedamos alucinados. Pero él lo que quería preguntar era si conocíamos a algunos gitanos de por ahí. Nosotros lo miramos estupefactos, sorprendidos por la pregunta, pero Pedro empezó a hacer bromas sobre los gitanos, bromas pesadas y estúpidas, la verdad, que ni intenté traducir. No obstante el inglés había entendido algo

porque se levantó de repente. Se detuvo un momento antes de irse para darme una tarjeta con su nombre y oficio en la que escribió un número, y me dijo que si me interesaba ganar un dinerillo, que le llamara a ese teléfono. Terminó su cerveza y se despidió con una sonrisa irónica y una ceja levantada como James Bond, y dijo en español, "Buenas noches".

Como te puedes imaginar, me moría de curiosidad y el día siguiente tempranísimo marqué el número, que resultó ser de la recepción del Gran Hotel. ¡El Gran Hotel de Almería! Recién construido, el de mayor lujo. Él había dejado recado al recepcionista de que si alguien le llamaba, le podía ver esa tarde a las cinco en el bar del hotel.

Así conocí a Bob Simmons, "stunt man" —o sea, doble especialista en saltos peligrosos— para Sean Connery y muchos otros actores en un sinfín de películas, y también localizador. Él sabía algo de español que había aprendido en México, pero quería alguien de aquí, que se pudiese entender con la gente de Almería cuyo hablar él no siempre entendía, porque había contratado alguna gente local para trabajar en la peli que estaban rodando en Tabernas, que se llamaba "Shalako". Dijo que me había dejado su tarjeta porque le gustaba mi acento escocés en inglés, que sonaba como Sean Connery. Yo ni sabía qué acento tenía Sean Connery, porque siempre que había visto sus pelis estaban dobladas al español. Y claro, acepté su oferta enseguida, tres semanas en la "localización", o sea, el desierto de Tabernas, incluyendo algunas noches que tendría que quedarme, para un "western" con grandes estrellas, incluyendo al mismo Sean Connery, Brigitte Bardot, Honor Blackman y otros. Por una cantidad de pesetas que me parecía mucho más que suficiente.

Para mí sorpresa, la gente local que había reclutado eran gitanos, unos chavales de La Chanca que había encontrado de alguna manera que no me explicó. Eran casi todos familia, dos hermanos y muchos primos y amigos, quince en total. No tenían ninguna experiencia de cine o teatro, lo que a Bob le parecía perfecto porque así serían "naturales" para hacer de indios. Me dijo Bob que originalmente, cuando se pensaba rodar la película en los Estados Unidos,

él había pensado usar indios de verdad, pero todos los que vio allí eran obesos o parecían demasiado dóciles. Mientras estos chavales gitanos eran flacos, ágiles y muy animados, y sabían poner caras y gestos amenazantes sin tener que pedirselo.

Eran todos muy divertidos y muy charlatanes, y extremadamente excitados con su nueva tarea y ambiente. Uno parecía ser el jefe del grupo, Moncho. José Ramón se llamaba, y cuyo hermano menor, Toño, lo imitaba en todo, el vestir, el hablar, una manera de echar la cabeza para atrás y poner una mano en la cadera cuando se reía. Moncho tendría unos veintiún años, poco más que yo, y Toño dieciocho o diecinueve, pero algunos no creo que pasaran de los diecisiete, aunque insistían en que sí. A pesar de ser de la misma ciudad, me costaba entenderlos cuando empezaban con sus chistes en una jerga que no sé si era caló o algo inventado por ellos mismos, que se conocían desde la infancia. Claro, eran chicos totalmente urbanos, que no conocían el campo para nada, ahora en el papel de salvajes del desierto.

Lo primero que Bob tenía que enseñarles era a montar a caballo para perseguir la diligencia de los blancos a todo galope. Eso lo aprendieron muy rápido, y sin ninguna necesidad de traductor, solo observando e imitando a Bob que era muy bueno en eso. Los chavales discutían y casi peleaban entre sí para conseguir el caballo que a cada uno le parecía más guapo, y Moncho y Bob tuvieron que intervenir un par de veces para resolver esas disputas, que siempre terminaron en risas por parte de unos y mala cara por parte de otros. Pero nada más.

Los primeros días era todo eso de practicar para montar los caballos, y cuando veía que no me necesitaban, yo podía dar vueltas por el campamento. Había muchos actores, incluyendo los más famosos, vestidos como gente normal, fumando o charlando o simplemente mirando, esperando las órdenes del director, que hacía poco había reemplazado a otro muy querido. Este nuevo, un tuerto con parche en un ojo, decían que era genial pero metía miedo porque ladraba cuando uno no cumplía una orden enseguida. Yo podía andar por todo el campamento y nadie me paraba ni hacía caso, como si fuera uno más de esa extraña compañía de artistas,

electricistas, carpinteros, operadores de cámaras y demás trabajadores. Y se sentía una tensión general entre todos.

Pero los chavales de La Chanca, los supuestos "apaches", no se movían con la misma soltura. No sé si por timidez, o si Bob les había dicho algo que interpretaban como que no debían meterse. Y como no hablaban inglés, ni francés como Brigitte Bardot, y casi ninguno de los otros allí sabía español, se sentirían cohibidos. Así que pasaban todo su tiempo, incluyendo su mucho tiempo libre, juntos y aparte. Uno de ellos había traído una guitarra, pero no les dejaban cantar muy tarde por la noche, y también tenían un balón de fútbol, pero hacía un calor insoportable.

Toño era el único que me hizo algunas preguntas sobre qué había visto, pero no se animaba a dar una vuelta por su cuenta. Me preguntó especialmente sobre las famosas rubias, la Bardot y la Honor, para después decir, con una risa de escarnio, que no le ponían esas hembras tan paliduchas y de gestos tan "flojos". Que él sabía dónde conseguir una novia mucho más guapa, porque como todo el mundo sabía, las morenas son un millón de veces más apasionadas que las rubias.

Para el tercer o cuarto día, ya todos ellos se sentían cómodos con sus respectivos caballos y algunos, Moncho entre ellos y un hermano suyo de crianza, Ismael, hasta podían montar y desmontar de un salto casi tan bien como Bob, aunque no lo iban a tener que hacer en la peli. Entonces pudieron salir en ataques de práctica, galopando y gritando a todo pulmón. Todos muy contentos, las tres o cuatro veces que lo hicieron.

Había pasado más de una semana cuando llegó el día de su primera actuación delante de la cámara, que no iba a ser un ataque sino una reunión en que tenían que aparecer montados pero quietos detrás del jefe indio mientras este negociaba con el soldado blanco, que era Sean Connery, en un idioma incomprensible que se suponía apache. Y por la mañana se asomaron los maquilladores. Los supuestos apaches habían tenido que afeitarse para no dejar ni una sombra de barba o bigote, y encima del pelo rizado se les ponían pelucas de pelo negro, largo y muy lacio, y les embadurnaban la piel

con un tinte para hacerla más cobriza. Toda esa operación provocó infinidad de risas entre ellos cuando se miraban en el espejo y se señalaban unos a los otros con el dedo.

Yo tenía que traducirles las instrucciones del director tuerto, de que solo tenían que mostrarse quietos y con caras duras y feroces mientras hablaba el jefe indio, que era un americano veterano actor con la piel teñida, como ellos, pero con un penacho mucho más vistoso. Eso de quedarse quietos mientras otros hablaban parecía gustarles menos, pero lo hicieron con las caras muy feroces, y quedó muy bien como podéis ver en la peli.

Entonces pasaron días en que no se hacía nada, todo era esperar. Resulta que había otra compañía de cine usando el mismo valle de Tabernas, para una peli sobre la segunda guerra mundial, con carros blindados y cañones. Se llamaba "Play Dirty" en inglés, en España se mostró como "Mercenarios sin gloria", que se desarrollaba en el desierto de Libia alrededor de 1940. Teníamos que esperar nuestro turno. Primero algunos peones de nuestra producción tenían que salir a barrer todas las huellas y los restos de aceite que, dejaban todos esos vehículos de guerra moderna, para reconstruir el desierto de Arizona de los 1880. Y entonces los peones de ellos tenían que salir para recoger todas las boñigas y borrar las huellas de caballo y de las ruedas de la diligencia.

Así que todos teníamos mucho tiempo muerto. Y Toño me volvió a preguntar sobre la gachí y la gachona, y tardé un minuto en entender que se refería a Honor Blackman y Brigitte Bardot. Le dije que cada una tenía su tienda de campaña, bastante lujosa, allá al otro lado del campamento, donde descansaban o jugaban a las cartas o, raras veces, las había visto leyendo en las horas de ocio.

Finalmente llegó el día de realizar el gran ataque a la diligencia, y para eso se ponía mucha atención a la pintura de guerra. No había una regla, porque nadie sabía ni les importaba si los apaches de verdad se habían pintado o cómo, así que todo era a gusto del maquillador, y a Bob le parecía bien que improvisaran en base a algunas láminas de guerreros indios de diversas tribus. Así que Moncho se puso una anchísima raya amarilla sobre la nariz y las mejillas, mientras

Toño optó por unas modestas rayas rojas con puntos en la barbilla y la frente, y los otros chavales se hacían diseños elementales con azul, amarillo y rojo. Habían tenido que abandonar las cadenas y collares que traían de casa, con sus crucifijos y vírgenes, pero Bob les repartió otros collares con piedras turquesas, joyitas de vidrio y trozos de cuerno, todo enlazado con tiras de cuero, que encontraban muy vistosos. Para lucir sus nuevas alhajas dejaban abiertas casi hasta el ombligo las camisas indias, unas blusas sueltas con lunares o flores del desierto. Otro motivo de risa era que, debajo de las camisas, tenían que llevar nada más que un taparrabos, dejando las piernas desnudas como en la playa.

Ya pintado y feliz, Toño me preguntó de nuevo dónde podía encontrar a las gachonas, porque era una lástima que no los vieran cuando todos estaban tan decorados. Le dije, “¿Por qué no vas a saludarlas?” Y se puso colorado debajo de la pintura cobriza y dijo, “Pues, a lo mejor lo hago”. Entonces Ismael y otro, Samuel, un primo de Moncho y Toño, que nos habían oído, también instaron a Toño a que fuera a saludar a la Bardot y la Blackman. “Enséñale algo en inglés”, me dijo Ismael, “para saludarla como se debe.” “Y dale algo bonito, unas flores”, sugirió Samuel. “No, unas flores, no”, dijo Toño, “le voy a dar algo más bonito.” Y del taparrabos, que era casi lo único que tenía puesto además de los mocasines, sacó una pulsera que parecía ser de oro, con una cruz y una virgen.

“¿Podría ir así?”, preguntó.

“Claro”, le dijimos, “esto es el cine, y todo el mundo está acostumbrado a ver otra gente disfrazada”.

“Dales saludos de nuestra parte”, dijo Ismael, “a que no te atreves.”

Entonces Toño se puso muy estirado, miró a Ismael con una mueca de desdén, dio media vuelta y se marchó en la dirección que yo le había indicado.

Bueno, nos reímos y esperamos. Samuel quería buscar su guitarra, pero temía ensuciarla con la pintura que le cubría el cuerpo, así que buscamos la sombra de una carpa y esperamos.

De repente hubo una conmoción en el lado del campamento por donde había ido Toño, y escuchamos el grito de una mujer. Y

entonces vimos a Toño corriendo como si el mismo diablo viniese detrás.

“¿Qué pasó?”

“Que en cuanto me acerqué se asustó y pegó un grito, y entonces algunos hombres corrieron gritando como para agarrarme. Y no tuve tiempo ni de decir nada a la rubia, que no sé cuál era porque estaba sentada y vestida como una persona normal, ni parecía ser actriz.”

En eso llegaron unos hombres que yo había visto trabajando por el sitio, y detrás de ellos el director tuerto. Este gritó —recuerdo aún las palabras y el extraño acento húngaro, pero no sabía realmente como traducir sus expresiones. Era algo como “¿Which of you bloody savages dared to frighten Miss Bardot?”, que salía aún peor en mi traducción que en el original, porque yo entonces no sabía que era un lugar común y traduje “bloody savages” como “salvajes sangrientos”. Entonces todos nuestros jóvenes apaches se pusieron de pie, sacando pecho y poniendo caras más feroces que para la peli. Por supuesto, nadie señaló a Toño. Si había que enfrentarse a un castigo, sería de todos.

Cuando el director se dio cuenta que no iba a encontrar al individuo culpable, y que mirando todas esas caras pintadas no sabría distinguir una de otra, dijo algo a Bob que yo luego tuve que comunicar a los aludidos. Era que les iban a quitar un día de paga —quería echarlos, pero no podía, porque necesitaba a los apaches para el ataque esa misma tarde— y les prohibía salir de su zona, vigilados no solo por Bob sino también por otros dos hombres que asignó casi como policías. Y se marchó.

Bueno, te puedes imaginar el cabreo que sentían estos chavales después de aquellas palabras, especialmente lo de “salvajes sangrientos”. Y que los tenían vigilados como en el trullo, decían. Así de cabreados iban a tener que actuar, porque vino un ayudante con mensaje del director para que se pusieran en posición, montados en sus caballos, para el ataque a la diligencia. Y le oí decir a Moncho, “Se van a enterar de los salvajes sangrientos que somos”.

Ya estaban todos en fila a caballo, en la cresta de una colina desde donde podíamos ver, en el fondo a la derecha, los camiones y

cañones de la segunda guerra mundial y mucha actividad de actores vestidos de caqui, y a la izquierda, el camino donde tenía que pasar la diligencia con la condesa Bardot y la Lady Julia, o sea Honor Blackman. Ahí estaban, tensos, y hasta los caballos parecían sentir la tensión, levantando y pateando los cascos de las patas delanteras mientras sus jinetes los retenían apretando las riendas, esperando la señal. Entonces, alguien levantó y cerró el "clipboard" — ¡Acción!

Y empezaron su carga furiosa, bajando de la cresta. Quince apaches enloquecidos, blandiendo fusiles y chillando. Pero en lugar de virar hacia la izquierda, de repente, siguiendo a Moncho, se dirigieron todos a la derecha, gritando mientras invadieron el desierto de Libia delante de los atónitos soldados con sus armas del siglo veinte. Chillando y haciendo como que disparaban sus fusiles de mentira, dieron una vuelta a toda esa maquinaria de guerra, tumbando algunas cámaras en el camino y pasando entre tanquetas y carros blindados hasta por fin darse por satisfechos y, con una señal de Moncho, retomaron el camino hasta la cresta de donde habían bajado, todos sudados pero contentos. Y se pusieron de nuevo en su posición original, como si nada hubiera pasado.

El director los miró con la boca abierta, hasta que después de un minuto largo la cerró y con su solo ojo miró a su asistente, a quien ordenó que volviera otra vez a pasar la diligencia que tendrían que atacar. Se había enterado.

Baltasar Lotroyo. Valencia, Venezuela, 1963. Autor de relatos en diversas antologías, es el otro yo de Geoffrey Fox (Chicago, 1941), que también escribe, Balta en castellano y Geoffrey, mayormente, en inglés. Ambos viven en Carboneras, Almería, desde 2006. Web: <http://geoffreyfox.com/en-espanol/baltasar-lotroyo/>